

LA CONFERENCIA DEL PRELADO

OBLIGÁNDONOS a gratitud eterna, impulsado por el afecto que profesa a nuestra REAL SOCIEDAD ARQUEOLÓGICA, quiso el eminente señor Arzobispo ocupar la cátedra que tenemos destinada a conferencias, a fin de desarrollar el tema «Museos Diocesanos», como preliminar de la inauguración solemnísimas del de Tarragona.

De acuerdo S. E. I. con la Junta Directiva, se convino en señalar la noche del 30 de enero último, y utilizar, al efecto, el grandioso Salón de actos del «Patronato del Obrero».

Y a medida que se iba acercando aquel día, que será siempre memorable en los anales de la cultura tarraconense, la expectación iba creciendo, hasta el punto de que se hubo de luchar con grandes dificultades para que todos pudieran saborear las bellezas de que está, materialmente, esmaltado el magistral y grandilocuente discurso de nuestro Prelado insigne.

Enorme ese interés, queda justificado que mucho antes de principiar el acto estuviese ya invadido el ámplio local por lo más florido y selecto de nuestra Ciudad, y que cuando se encendieron los aparatos y focos eléctricos del Salón, este, con tal profusión de luz, ofreciese un aspecto, realmente soberbio, como en las grandes solemnidades.

Ocupados los palcos por nuestras más linajudas familias; la platea por la plana mayor de los intelectuales; a la vera de la presidencia una legión de periodistas y corresponsales de la prensa de Madrid y de Barcelona; arriba los seminaristas y los escolares, en gran número, y por todas partes

representaciones de los Centros y Corporaciones de la localidad, cuando el reloj señaló la hora de la conferencia, entró el señor Arzobispo, con la puntualidad en él ya característica, acompañado de su Canónigo Dr. D. Sebastián de La Calle y de sus familiares; y después de atravesar el vestíbulo, donde la Junta en pleno de la Arqueológica y las primeras autoridades besáronle el anillo Pastoral, pasó a ocupar la Presidencia, teniendo a los lados a los señores Gobernadores civil y militar y Alcalde y al Presidente de la Arqueológica D. Emilio Morera. Los asientos de distinción, en el estrado, los ocupaban las demás autoridades, que testimoniaron, con su presencia, sus simpatías a S. E. I.

Estalló un aplauso con todos los honores de una cariñosa ovación; reinó, luego, un largo y respetuoso silencio, y se levantó nuestro docto Presidente señor Morera para dar lectura a las siguientes cuartillas, que fueron premiadas con una prolongada salva de aplausos.

EXCELENTÍSIMOS SEÑORES:

SEÑORAS Y SEÑORES:

Como preliminar a la inauguración del Museo Diocesano, el Excmo. e Ilmo. señor Arzobispo, uniéndose a la labor de cultura que viene realizando la benemérita REAL SOCIEDAD ARQUEOLÓGICA TARRACONENSE, de la que es miembro muy preclaro, quiere dar una conferencia sobre la importancia de esos establecimientos docentes, y singularmente del que por su iniciativa y a costa de sacrificios de todas clases, va a abrirse mañana en una de las dependencias del claustro de nuestra Catedral.

Así como en los solariegos hogares aristocráticos suelen exponer sus dueños los diplomas de nobleza, las armaduras, escudos, arneses y demás atributos que usaron sus antepasados, hasta donde alcanza la virtualidad del tiempo, así, en

las diócesis eclesiásticas, que vienen a ser como las familias más distinguidas de la sociedad cristiana, se ha iniciado un movimiento de cultura para exhibir los timbres de sus glorias y la belleza de los objetos de arte, patrimonio de pasadas generaciones, que han servido para el culto divino y el de sus santos tutelares.

La diócesis tarraconense, por su antigüedad y elevada gerarquía, es sin disputa una de las más preeminentes y linajudas de la iglesia española. Ella recibió el primer soplo de la Santa Sede con la decretal dirigida a su prelado en la infancia de la Era cristiana, la primera auténtica que reconoce dicha iglesia, destinado su contenido a purificar el dogma; ella resulta la delegada de la Cámara apostólica para organizar y uniformar la disciplina eclesiástica en la Península, títulos verdaderamente gloriosos que afirman su Primacía y aseguran su altísima alcurnia.

También atestiguan su grandeza las cenizas de sus mártires, la importancia de sus concilios, lo ilustre de sus prelados y los restos de sus obras de arte en aquel primer periodo histórico de la iglesia de España, como confirman su vigor y desarrollo, desde la época restauradora, el espléndido monumento de su catedral, en el que brillan las artes plásticas en sus diversas ramas y en sus formas artísticas más perfectas.

Restos de aquella cultura antigua, como complemento de las obras de arte esparcidas por la capital y su archidiócesis, trata de reunir S. E. I. en el Museo, para estudio de los doctos, esparcimiento de excursionistas y estímulo de los tarraconenses y demás diocesanos, cualquiera que sea su mérito artístico o histórico, para que puedan exhibirse y conservarse en local adecuado, bajo la salvaguarda del ilustre conferenciante y los sucesores en la cátedra de San Fructuoso.

A su erudición, sabiduría y elocuencia me remito para que escuchéis su conferencia con profunda atención, seguro de que habréis de admirar y aplaudir obra tan meritoria, llevada a término con admirable constancia, laboriosidad y sacrificios morales y materiales, en aras de la general cultu-

ra, enaltecimiento de la Mitra tarraconense, y en honra, gloria y provecho de nuestra querida Tarragona.

Tiene, pues, la palabra el Excmo. e Ilmo. señor Arzobispo.

Pausadamente, ceremoniosamente, como en las verdaderas solemnidades académicas, leyó el ilustre conferenciante su discurso.

La figura gallarda y respetable; los ademanes finos y señoriales; la dulzura de la mirada; el timbre agradable de la voz; pulida y nítida de galana frase, tenía, en aquellos momentos, el señor Arzobispo, el aire mayestático de un Cardenal del Renacimiento; y era de ver el primor con que pulía su discurso, y el esmero que ponía en cada párrafo, que brillaba con los más vivos destellos con las tonalidades que le imprimía y los arranques oratorios con que lo terminaba.

Absorto el auditorio; fascinado por la magia de la palabra, el asombro iba aumentando ante la erudición pasmosa del Doctor López Peláez, erudición que fluía de su pensamiento privilegiado como fluye el agua cristalina de la fuente caudalosa; y así, no es de maravillar a nadie que la hora larga que duró el discurso, pasase con la velocidad de una ráfaga.

Pudiéramos insertar aquí extensos fragmentos de ese trabajo con los apuntes que tomamos aquella noche; pero pues la bondad del Prelado nos autoriza para ello, hemos preferido publicarlo íntegro para que se paladée por completo, y tenga BOLETÍN ARQUEOLÓGICO el orgullo de haber registrado en su colección el texto de tan magistral discurso.

Cuando finalizó el Dr. López Peláez su áurea labor, y menguó la ovación delirante y respetuosa que le tributaron todos, levantóse el Excmo. señor Alcalde D. José Prat, y ostentando el nombre y la representación de Tarragona, rindió al sabio y generoso conferenciante el homenaje de su gran admiración y de su gratitud profunda por su obra educativa y cultural, en un tan admirable y delicado discurso que le

valió las más entusiásticas alabanzas y felicitaciones de todos, hasta el punto de que el ilustre señor Arzobispo, visiblemente conmovido, hubo de contestarle en un arranque de fogosa elocuencia, que era interrumpido, continuamente, por el atónito auditorio, con frenéticos y delirantes aplausos.

Fué, realmente, la conferencia, una jornada de gloria para Tarragona y para nuestra REAL SOCIEDAD.